

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 24 DE ABRIL DE 1932

NÚMERO 17

1. Am — pa-ro tú del pe — ca — dor, Es — cu — cha mi do — lien — te voz. Y

mués — tra — me tu sal — va — ción. Je — sús, re — fu — gio mi — o. A

tí, mi Sal — va — dor. Me lle — go; a tí me rin — do, Re —

ci — be — me tal co — mo soy, Je — sús, re — fu — gio mi — o.

CORO:

The musical score is written in G major (one sharp) and 6/8 time. It consists of a vocal line and a piano accompaniment line. The lyrics are in Spanish and are divided into four systems. The first system is the beginning of the song. The second system is marked 'CORO:' and contains the chorus. The third and fourth systems continue the chorus. The piano accompaniment consists of chords and single notes, providing a harmonic background for the vocal line.

Amparo Tú del pecador ...

Amparo Tú del pecador,
Escucha mi doliente voz,
Y muéstrame tu salvación,
Jesús, refugio mío.

CORO.—A Ti, mi Salvador,
Me llevo; a Ti me rindó;
Recíbeme tal como soy,
Jesús, refugio mío.

2. Ya del pecado el amargor
Siento en mi triste corazón,
Y clamo a Ti por el perdón,
Jesús, refugio mío.—CORO.

3. Cerca de Ti sé que hay perdón
Aun para mí, vil pecador;
Tú hiciste ya mi redención,
Jesús, refugio mío.—CORO.

4. Sin don, sin mérito, Señor,
Acudo a Ti por salvación;
Y a Ti me doy tal como soy,
Jesús, refugio mío.—CORO.

Cómo el Niño Jesús visitó al pequeño Uco

(Continuación.)

Hasta ahora no había aprendido más que aquello que sus facultades naturales le indicaban, pero había sido completamente feliz en la soledad de la selva virgen. De lejos había escuchado de vez en cuando el oleaje del océano, y desde la puerta de su casa había visto el sol en el cielo azul donde moraba este niño encantador.

Sí, había sido feliz, porque le había rodeado el cariño y el cuidado de su anciana abuela. Pero desde algunos días esto había cambiado repentinamente. Pesaba un bochorno aplastante sobre la casa y dentro se escondía un malicioso huésped, que hacía más sombría la vivienda pequeña: la enfermedad había penetrado allí.

Ya hacía días que la abuela no se había podido levantar, respiraba con angustia, y sus ardientes y secos labios sorbían con ansia el agua fresca, que los deditos torpes de Uco la ofrecían. Cada vez se quejaba y suspiraba más. Parecía que sus manos querían coger algo en el vacío, y continuamente murmuraba palabras confusas, que el pequeño Uco ni conocía ni comprendía. Dos noches él ya se había metido en el último rincón sobre el suelo duro, y había escuchado con el corazón angustiado el delirio y los quejidos, que ahora, al amanecer, eran cada vez más débiles. Al fin rendido de sueño, había apoyado la cabecita sobre el pecho y se había dormido profundamente. Ya era bien de día cuando se despertó. Inmóvil estaba la abuela sobre el lecho. Despacio se acercó el niño ¡Qué rara era la cara de su abuela, de un color gris! Cuando el niño tomó una de sus manos entre las suyas para despertarla, se apoderó de él un horror indescribible. ¡Fría y rígida estaba la querida mano de la anciana! ¡Había muerto!

Un momento se quedó como petrificado de susto. No lloró, ni se quejó; un niño indio sabe esconder su alegría y su dolor en lo profundo de su corazón. Bien sabía él, que su fiel abuela

se había marchado para siempre de él, y que se había quedado abandonado en la soledad de la selva virgen. Pero la selva no le atemorizaba, porque se había criado allí.

Despacio salió de la puerta, afuera pastaba el caballo, y entró en la espesura del bosque. A través de bambús y de enredaderas que le cerraban el camino, se abrió paso. Silenciosamente siguió por un sendero, hasta que ya rendido se sentó sobre el tronco de un árbol caído.

¡Solo, completamente abandonado, estaba él! Esto le vino a la mente con espantosa claridad. ¡Ni un alma que le amara ni le cuidase!

Entonces el pobre huérfano vió un trocito de cielo azul, y se acordó del niño Jesús, que vivía allí arriba. No le habían enseñado a orar y no sabía qué dulce consuelo nos puede aportar una oración de corazón. Pero a pesar de esto, levantó sus manos implorando: "¡Ven, Niño, ven!"

¿No le había llamado un dedito desde allí donde cruzaban unas blancas nubecillas? ¿Le había visto quizás el Niño Divino?

Con nuevo ánimo continuó su camino. El sabía que muy lejos corría un arroyuelo, que solía llevar una gran cantidad de cangrejos. Estos podían dar el alimento tan necesario a su estómago vacío. Poco después se echó encima de uno de los muchos árboles cubiertos de musgo, que habían caído sobre el arroyo y esperó su presa.

De pronto se sobrecogió. Alegres voces, ruido de pasos y de cacharros de hoja de lata. ¿Cómo se oían estos so-

nidos en el silencio de su bosque? De repente aparecieron a través de los altos helechos y espesos arbustos una joven india, a esta la seguían una joven esbelta y rubia, que llevaba de la mano a su pequeña hermanita. Por último vinieron dos alegres muchachos de unos ocho a nueve años. Hablaban en alemán, intercalando a veces palabras españolas. Y cantaron el bonito canto "Sabes cuanta clara estrella".

¿Cómo llegaron estos niños alemanes a esta selva desierta? Hacía unas semanas que el padre de los niños, propietario de unas fincas hermosas, había construido una casa de campo entre el mar y la selva virgen, para pasar las vacaciones de Navidad, pues en Chile cae esta fiesta en el mejor tiempo del año, el principio de verano. La joven india había descubierto el arroyo donde abundaban los cangrejos, en una de sus excursiones, y habían salido hoy con la esperanza de llevar mucha pesca a casa.

Pocos minutos después, los recién llegados, pescadores también, se echaron encima de los árboles caídos, y colgando pequeños trozos de carne atados a una cuerda, los metían en el agua como cebo para los cangrejos.

Yo tengo uno muy grande, gritó Pablo con júbilo. Y echó un gran cangrejo en uno de los cubos.

"Calla", amonestó Eduvigis", y la india, que estaba a punto de coger otro ejemplar, le dijo en voz baja: "¡Cuidado chico!"

Entretanto no habían atendido a la pequeña Anita. Ella estaba en la orilla, y miraba en vano para descubrir un

cangrejo; por ningún sitio los veía. Así ella, siguiendo el arroyo, se había acercado al escondite del pequeño Uco. Se acercó más al agua y se inclinó para ver algo. Los ojos de Uco estaban fijos en la preciosa niña, cuyo pelo rubio y rizado caía sobre sus ojos azules.

Pero de pronto cedió la tierra donde ella pisaba, un solo y corto grito, y la hermosa criatura había desaparecido en la turbia corriente.

En el mismo momento, Uco, dando un grito como un halcón, se tiró detrás de la niña, y antes que los pescadores se hubieren dado cuenta de lo que pasaba, el pequeño chico moreno había sacado la niña del fango, y se esforzó en llevar su carga a la orilla. Pero la niña pesaba mucho para sus brazos débiles y el fango era pegajoso. Si no hubiera acudido a tiempo la india, la turbia corriente hubiera arrastrado a los dos. Haciendo un último esfuerzo alzó la niña, y con ayuda de uno de los muchachos pudo salir a la orilla.

Allí estaba echada, pálida, en el verde musgo la pequeña Anita, y sus mojados rizos estaban colgando como pequeñas culebras en la hierba.

Con ansia Eduvigis se inclinó sobre su hermanita. Al fin abrió sus grandes ojos. Su mirada se posó en Uco, al cual saludó con su sonrisa.

“Niño moreno, muy bueno”, dijo ella, y le alargó la mano.

“Pero cómo pudiste caer al agua, pequeña; faltaba poco y te hubieras ahogado en el fangoso arroyo, si el chico moreno no te hubiera sacado.”

(*Concluirá.*)

Un sermón vivo sin palabras

En la isla de Formosa se quemó la casa de un cristiano, único en este pueblo pagano. Los habitantes no hacían más que burlarse del pobre hombre:

“Así le pasará a todo el que abandona la religión de nuestros padres.” Pero mirad lo que pasó:

Unos pocos días después vinieron los cristianos de los pueblos vecinos y traían palos de bambú, vigas, ladrillos, etc.,

¿Qué querían?

Primeramente quitaban todos los escombros del lugar de la desgracia... y luego empezaron a construir una casita nueva. Dentro de dos días estaba hecha.

Los paganos quedaron asombrados, perplejos, ya no se burlaban. Que se ayudase a un desgraciado de esta manera, eso no lo habían visto todavía. ¡Entonces, el cristianismo daba frutos muy distintos que el paganismo!

En esto son conocidos los hijos de Dios, en que aman a sus hermanos.

CHISTES Y COLMOS

Verdad histórica.

Jaime.—En este libro dice lo primero que Robinsón Crusoe plantó en la isla.

Juan.—¿Sí? ¿Y qué fué?

Jaime.—La planta del pie.

* * *

¿Cuál es el colmo de un carpintero?

Querer con la sierra del Guadarrama cortar la tabla de multiplicar.